

La profundidad de la broma: Coetzee y *La infancia de Jesús*

Moisés Elías Fuentes



John-Michael Coetzee en Lahti, Finlandia, en 1987. (Fotografía: Mohamed Lounes/Gamma-Rapho via Getty Images)

“SI SE TRATA DE UNA BROMA, es una broma muy profunda” dice con desazón no exenta de ironía Simón al aceptar que no comprende ni tampoco se adapta al mundo nuevo al que le ha llevado su travesía por el mar, llegado desde alguna indefinible región del mundo hasta la no menos definible ciudad de Novilla, donde se habla español y los inmigrantes encuentran trabajo, casa y ante todo olvido. Convertido en tutor involuntario de un niño, David, que viaja a este otro mundo en busca de su madre, Simón tiene tan sólo su intuición para moverse en el ámbito lineal que lo recibe.

No es de extrañar que al principio de *La infancia de Jesús* los inmigrantes parezcan vagabundos vestidos de harapos que mal esconden la piel desnuda, prosaica, sucia de recuerdos y viejas costumbres. Pero con celeridad el nuevo sistema social ofrece a Simón y a David la posibilidad de desnudarse de memorias y reflejos de memorias para vestir ropas limpias, símbolo de su fusión con el nuevo presente.

Novelista de diálogos escuetos y descripciones parcas, en *La infancia de Jesús*, John Maxwell Coetzee (Sudáfrica, 1940) sorprende por su uso de diálogos de largo aliento, que opone a la acostumbrada concisión de sus descripciones. Si en novelas como *Esperando a los bárbaros* o *La edad de hierro* la complicidad entre diálogos y

J. M. Coetzee
La infancia de Jesús
México, Mondadori
2013, 272 pp.



descripciones era predominante, en *La infancia de Jesús* lo que predomina es la ambigüedad, que se establece como único enlace entre los hombres y las mujeres que hablan y discuten entre sí y el mundo despojado e impersonal que los rodea.

En tal sentido, *La infancia de Jesús* se emparenta con las novelas *Hombre lento* y sobre todo *Vida y época de Michael K*, en tanto que las tres tienen como solapado pero reconocible eje a la ironía, más inapelable cuanto más tratamos de evadirla, debatirla o ignorarla. Y no es una ironía que emerge de circunstancias absurdas o ridículas, sino que procede del racionalismo sin cortapisas de la nueva vida, de las relaciones asépticas que reúnen a los personajes, relaciones que por ningún motivo transgreden la distancia que separa a unos de otros.

Desligados de sus orígenes al punto que pierden sus nombres y son rebautizados con nombres que les resultan útiles para que los identifiquen, pero con los que no guardan relación alguna de afecto, Simón y David deben recurrir a la transgresión para mantener el contacto con su propia individualidad, recurso que se vuelve urgente en la medida que el entorno se entrega al razonamiento filosófico.

Lingüista y profesor de literatura, no es casual que Coetzee inserte en la novela una visión burlesca e incluso provocadora de la filosofía del lenguaje, a la que trastoca y deriva en una disciplina artificiosa y sedentaria que se dedica a definir el ser de las palabras como si fueran entidades individuales no ligadas por el pensamiento. La novela contiene pasajes hilarantes, como el de la profesora que quiere especificar la “sillidad de la

silla”, ante lo cual Simón se pregunta si en el caso de la caca, la profesora especificaría la “caquidad de la caca”.

Porque, hay que apuntarlo, *La infancia de Jesús* es un desafío lanzado sin miramientos a una sociedad, la contemporánea, empeñada en racionalizar sus contradicciones. El discurso sin sentimentalismos de la nueva sociedad en la novela recuerda en más de un punto al discurso de los fundadores del *apartheid* que Coetzee diseccionó con rigor y buen pulso en su libro de ensayos *Contra la censura*.

La falta de afectos, de necesidades emocionales, de apegos sensibles, lo que va de cuestiones simples como la afición al fútbol soccer a la complejidad de los deseos sexuales y el erotismo, develan formas tan efectivas de censura social como las que caracterizaron al *apartheid*, formas compartidas, dicho sea de paso, por todos aquellos sistemas basados en la represión y la explotación de los individuos.

La juventud y la experiencia son las grandes enemigas del sistema en *La infancia de Jesús*. La infancia del niño David es peligrosa porque entraña la posibilidad de desear nuevas perspectivas de vida, mientras que la edad madura y por ende la experiencia de Simón trae aparejada una visión que delibera y cuestiona el porqué de las cosas. En ambos casos, el componente que trastoca y perturba la paz inmóvil del sistema es la crítica, porque ésta pone en crisis tal inmovilidad, la burla, la hace ver de frente y sin tapujos su naturaleza estéril.

Dueño de una prosa contrastante, depauperada en sus expresiones pero profusa en sus juegos de pensamiento y en las transgresiones de su ironía, Coetzee propone que nos despojemos de nuestros regodeos en la autocompasión para que recuperemos la audacia crítica, aquella que estimula al ser humano a reinventarse y reinventar su entorno, a dejar de creer en sí mismo para recrearse, justamente la idea que cierra la novela: “Estamos buscando un sitio donde quedarnos, para empezar nuestra nueva vida.”. La profundidad de la broma radica en que sólo podemos llegar a su fondo si nos atrevemos a sumergirnos dentro de nuestros propios abismos individuales, para emerger de ellos con una nueva versión de los que somos, de lo que podríamos ser. ■